

pues se entregaban á la oracion, evitando de esta manera ser perturbados por los hombres, y molestados por los gentiles. Pasados algunos dias estaba Santiago con los dichos fieles, á eso de media noche, fatigados con la contemplacion y la oracion. Dormidos los ocho discípulos, el bienaventurado Santiago oyó á la hora de media noche unas voces de ángeles que cantaban: *Ave, Maria, gratia plena*, como si comenzasen el oficio de maitines de la Virgen, con un dulce invitatorio; y poniéndose inmediatamente de rodillas, vió á la Virgen, madre de Cristo, entre dos coros de miles de ángeles, sentada sobre un pilar de mármol. El coro de la celestial milicia angélica acabó los maitines de la Virgen con el verso *Benedicamus Domino*.

«Acabado esto, María santísima con rostro halagüeño llamó á sí al santo Apóstol; y con mucha dulzura le dijo: *He aquí, Santiago, hijo, el lugar señalado y destinado para mi honor, en el cual por tu industria se ha de construir una iglesia en mi memoria: mira bien este pilar en que estoy sentada, el cual mi Hijo y maestro tuyo le trajo de lo alto por manos de ángeles, al rededor del cual colocarás el altar de la capilla. En este lugar obrará la virtud del Altísimo portentos y maravillas por mi intercesion con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio, y este pilar permanecerá en este sitio hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos.* Entonces el apóstol Santiago, regocijado con una alegría extraordinaria, dió infinitas gracias á Jesucristo y á su santísima Madre; é inmediatamente aquel ejército de ángeles, tomando á la Señora de los cielos, la tornó á la ciudad de Jerusalem, y la colocó en su aposento; porque este es aquel ejército de miles de ángeles que envió Dios á la Virgen en la hora en que concibió á Cristo para su custodia, para que la acompañasen de continuo, y conservasen á su Hijo ileso.

«Alegre el bienaventurado Santiago con una vision y consolacion tan maravillosas comenzó inmediatamente á edificar una iglesia en aquel sitio, ayudándole para ello los ocho que habia convertido. La referida basilica es de casi ocho pasos de latitud y diez y seis de longitud, y á la cabecera de la parte del Ebro tiene el referido pilar con un altar; y para servicio de esta iglesia ordenó el bienaventurado Santiago de presbitero á uno de los sobredichos, el que le pareció mas idóneo. Habiendo consagrado despues la referida iglesia, y dejando en paz á los cristianos, se volvió á Judea predicando la palabra de Dios. A esta iglesia la dió el título de Santa María del Pilar, y es la primera iglesia del mundo dedicada al honor de la Virgen por las manos de los apóstoles, etc.»

Estas son puntualmente las palabras del referido código que conserva la santa catedral de Zaragoza, y el monumento mas sólido y lidedigno que tiene la nacion española para prueba de esta piadosa tradicion. Dios nuestro Señor ha acreditado con la esperiencia la verdad de sus palabras, pues nunca han faltado allí verdaderos adoradores por turbados y borrascosos que hayan sido los tiempos. La proteccion de Maria se ha dejado ver en todos los siglos con repetidos milagros y portentos, tanto que ella ha empenado á la piedad de los españoles para tributarla cultos con devocion y magnificencia. De aquí nació el innumerable concurso de gentes que de todas partes venian en tiempos antiguos, y vienen presentemente á venerar esta santa imágen, recompensando la Reina de los ángeles esta piedad fervorosa con la continua dispensacion de gracias que alcanza de su Hijo. El vicario de Jesucristo, que vela incesantemente sobre el rebaño que le fué encomendado, no pudo menos de advertir lo augusto de este santuario, lo remoto de su fundacion y el fervoroso culto con que los fieles le frecuentaban. Deseoso, pues, de que una obra tan piadosa no padeciese decadencia en las edades futuras, y asimismo de que todas las iglesias de España tuviesen el consuelo de celebrar tanta dicha con himnos y cánticos, determinó su festividad particular; y Clemente XII señaló para este efecto el dia 12 de octubre, dando á todos los pueblos sujetos al rey católico el consuelo de celebrar la ventura de haber tenido á la Madre de Dios en su region cuando todavía vivia en carne mortal. (*Véase la advertencia acerca de la venida de la santísima Virgen á la ciudad de Zaragoza, que se lee en el mes de enero, dia 2, pág. 15.*)

SAN WILFRIDO, OBISPO DE YORK, CONFESOR.

FUE inglés S. Wilfrido, y nació por los años de 634 en el reino de Northumberland. Eran sus padres distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su grande cristiandad, y pusieron el mayor cuidado en dar al niño la mejor educacion. Las nobles partidas con que nació Wilfrido le hicieron tan dócil á las lecciones de sus padres y maestros, que no era fácil encontrar jóven mas cabal. Era bien hecho, airoso y de mucha gracia, entendimiento brillante y vivo, de natural apacible y de genio muy amable; con lo que desde luego fué las delicias de sus padres y la admiracion de cuantos le conocian. La pureza de sus costumbres, el juicio y la anticipada madurez con que estaba acompañada fueron el mejor pronóstico de la eminente santidad

á que con el tiempo habia de llegar. A los doce años de su edad perdió á su querida madre; y pasando su padre á segundas nupcias, la madrastra, que no le miraba con buenos ojos, dió ocasion á que se saliese presto de la casa paterna, sin que le costase mucho dolor. Envióle su padre á la corte, disponiendo que se presentase á la reina Eanfleda, mujer del rey Osuvi. Prendada la virtuosa princesa de la bella gracia, de la vivacidad, del espíritu y de la modestia de Wilfrido, quiso que se quedase en su servicio; pero representándola el niño sus deseos de retirarse del mundo para servir á solo Dios, léjos de resentirse le estimó mas, le miró con mayor cariño, alabó mucho su resolucion, y para facilitarle los medios de ejecutarla, le recomendó á uno de los principales criados del rey, que retirándose tambien de la corte, iba á tomar el hábito de monge en Lindisfarne. Siguióle Wilfrido, y estuvo algunos años en el monasterio, ocupado enteramente en ejercicios de virtud y en el estudio de las letras. Pero advirtiendo que aquellos monges, todos escoceses, observaban un género de disciplina no muy conforme á la que se practicaba en la Iglesia, y que le enseñaban unas reglas de perfeccion no las mas seguras, determinó hacer un viaje á Roma para instruirse á fondo, así en las ceremonias eclesiásticas, como en las reglas de la mas exacta observancia.

No habia recibido el hábito, ó la tonsura monacal, como entonces se decia, por lo que le fué fácil conseguir la licencia del abad y de los monges para retirarse. Volvió á la corte, y manifestando á la reina sus intentos, no solo mereció su aprobacion, sino que le dió cartas de recomendacion para Ercomberto, rey de Kent, que tenia su corte en Conturbel, donde llegó hácia el fin del obispado de Honorio, uno de los últimos discipulos de san Gregorio papa. Recibióle el rey con mucha benignidad; y aprobando grandemente su resolucion, quiso que fuese en compañía de S. Benito Biscop, que estaba en el mismo pensamiento, y era poco mas ó menos de la misma edad. Llegaron á Leon, donde fueron recibidos con mucho amor y caridad por el obispo Anemond, que prendado de las bellas partidas de Wilfrido, y dejando á Biscop ir adelante, le detuvo en su palacio, haciendo cuanto pudo para retenerle en Francia; pero sin embargo de ser muy ventajosos los partidos que le hacia, no fueron bastantes á tentarle; y persistiendo en su resolucion, continuó su viaje. Luego que llegó á Roma, fué su primera diligencia visitar los sepulcros de los santos Apóstoles y de los santos Mártires, empleando en oracion el dia y una parte de la noche.

Merecióle su virtud el conocimiento y el trato con el arcediano

Bonifacio, venerado en Roma por su mucha santidad y grande sabiduria. Descubriendo éste en nuestro Santo un mérito nada comun, le esplicó los libros sagrados, y le instruyó á fondo en la disciplina de la Iglesia. Detúvose en Roma cerca de un año; y volviendo á Leon al palacio del arzobispo, que le habia mostrado tanto amor, recibió de sus manos la tonsura clerical. Era el ánimo del prelado no solo fijarle en su iglesia, sino hacerle su sucesor; pero la violenta muerte que padeció en Chalon por la justicia, obligó á nuestro Santo á restituirse á Inglaterra. Luego que llegó á aquel reino, le llamó el príncipe Alfrido, hijo primogénito del rey Osuvi, y le dió mucha parte de su estimacion y confianza. Para detenerle con mayor seguridad en Nortumbria, le hizo donacion del territorio del Hrip ó de Ripon, en la diócesi de York, que el mismo príncipe tenia destinado para fundar en él un monasterio, y aun habia ya echado los cimientos. Acabó la obra nuestro Santo, y fué su primer abad. Descubrióse luego en este empleo su raro talento de gobierno, y creciendo cada dia la opinion de su sabiduria y de su prudencia, le ordenó de sacerdote Algilberto, obispo de Dorchester, y poco despues le nombró el príncipe por obispo de York. Acreditó lo mucho que merecia esta dignidad, la repugnancia y la resistencia que hizo para admitirla; y como la mayor parte de los obispos de Escocia y de Irlanda no se conformaban con la Iglesia romana sobre el tiempo de celebrar la Pascua, no se quiso consagrar nuestro Santo por prelados cismáticos; y pasando á Francia, fué consagrado en Compiègne el año de 664 por Algilberto, que habiendo sido obispo en Inglaterra, lo era á la sazón de París.

Luego que el nuevo obispo de York tomó posesion de su iglesia, se vió reflorcer en ella la religion; desterráronse los abusos, corrigiéronse las costumbres, y en todas partes restituyó á su vigor la disciplina eclesiástica, y se introdujeron las ceremonias de la Iglesia romana. Siendo S. Wilfrido tan agradable á los ojos de Dios, no podia menos de ser muy probado; y habiéndose declarado tan abiertamente contra los errores de los cismáticos, era forzoso que espermentase los efectos de su malignidad. Hicieron en la corte una pintura de su zelo, desfigurándole con tan denegridos colores, desacreditándole con tan groseras calumnias en el concepto del rey; figuraron con tanto artificio imaginarias sospechas de su fidelidad, que el rey le echó de su silla, y el Santo se vió precisado á salirse de Inglaterra para no quedar espuesto á los efectos de su indignacion. Cedió á la malicia de sus enemigos, y se embarcó para Roma; pero una violenta tempestad le arrojó á las costas de Frisia, que ya-

cia aun sepultada en las tinieblas de la idolatría. Predicó en ella la fe de Jesucristo con suceso tan feliz, que convirtió y bautizó al rey Algisó, á un gran número de sus vasallos, y en menos de un año fué apóstol de aquella provincia. Por este tiempo habido ya restituido Ebroin á su empleo de mayordomo del palacio en Francia; y noticioso de que se hallaba en Frisia el obispo de York, testigo ocular del asesinato cometido por aquel príncipe en la persona de S. Anemond, é instigado tambien de los enemigos del Santo, despachó sus embajadores al rey Algisó, suplicándole que se le entregase vivo ó muerto. Pero el religioso monarca luego que leyó la carta de Ebroin, la arrojó al fuego en presencia de sus mismos embajadores, diciendo: *Confunda Dios el reino de los pérfidos, y tenga la misma suerte que esta carta.*

Libre Wilfrido de este peligro, se despidió del rey Algisó, y partió á Roma acompañado del presbítero Eddi Estéban, que escribió su vida. Pasó por el reino de Austria, donde el rey Dagoberto II le recibió, haciéndole grandes honores, y toda la corte quedó muy prendada de su vida ejemplar y de su modestia. Hizo aquel monarca cuanto pudo para detenerle en sus estados, y le instó á que aceptase el obispado de Strasburgo; pero el Santo jamás quiso dejar su iglesia de Inglaterra. Llegado á Italia, habian ofrecido á Bertharido, rey de los lombardos, una gran suma de dinero porque le arrestase; pero este príncipe oyó con horror semejante proposición, y se declaró protector del santo obispo. Entró en Roma el año de 679; y el papa Agaton le recibió con demostraciones de la mayor benevolencia. Fueron examinados en un sínodo todos los capitulos de que le acusaban, y salió plenamente justificada, reconocida y declarada su inocencia. Asistió al concilio de ciento veinte y cinco obispos, que celebró el papa contra los monotelitas, y no pudiendo concurrir á él el arzobispo de Conturbel, le envió sus poderes y los de todos los demás obispos de Inglaterra para que representase la nacion: demostración que se pudo conceptuar por especie de desagravio de la injusticia que le habian hecho. Colmado de honras y de favores, con que el papa le distinguió, se retiró de Roma para restituirse á Inglaterra; y al pasar por Francia, corrió grandes peligros su vida por el odio que Ebroin le profesaba. Pocos santos padecieron tantos reveses de fortuna, y pocos los toleraron con mas heroica paciencia, ni con ánimo mas tranquilo. Cuando se restituyó á su obispado de York le recibió muy friamente el rey Alfrido, preocupado ya contra él por los malignos artificios de su mujer y de los cortesanos, á quienes desagradaba la entereza y la emi-

nente virtud de nuestro Santo. Fué arrestado, y sufrió otros malos tratamientos. La reina, que habia escitado esta nueva tempestad, cayó gravemente enferma pocos dias despues; y para acallar los remordimientos de su conciencia, le hizo poner en libertad. Solo usó de ella el Santo para ir al país de Sussex á anunciar la fe á los sajones meridionales, que aun eran idólatras por la mayor parte. Convirtió al rey Ediluvach, y bautizó á muchos millares de personas. Hizole donacion el rey de una grande posesion, donde fundó el monasterio de Selsey; de manera, que al mismo tiempo que en su país le echaban de su silla episcopal, los estranos y los gentiles le veneraban como su apóstol. Muerto el rey Ediluvach, convirtió á la fe de Jesucristo al nuevo rey Nothelmo y á su hermana la princesa Mothgida, que habiendo fundado un monasterio de monjas, se hizo religiosa bajo la direccion del Santo, y fundó despues muchas iglesias.

Conquistado ya para Jesucristo todo el país de Sussex por el infatigable zelo de S. Wilfrido, pasó al reino de Westser, ó de los sajones occidentales, donde hizo semejantes conquistas. A vista de tantas maravillas se arrepintieron los ingleses de haber tratado tan mal á un prelado tan santo; y pesaroso Teodoro, arzobispo de Conturbel, de haberse dejado prevenir contra Wilfrido, le suplicó que se volviese á Inglaterra, le pidió perdon y le hizo restablecer en su silla. Fué recibido en York con grandes demostraciones de universal regocijo; y siempre zeloso, siempre vigilante, infatigable siempre en el trabajo, reformó los abusos, restituyendo la disciplina eclesiástica á su antiguo ser en el clero, la observancia y el fervor en los monasterios. Pero duró poco la calma, porque el Señor queria purificar su virtud hasta el último aliento con el fuego de la tribulacion. Disputáronle los derechos de su iglesia: comenzaron á perseguir á los monges de su monasterio de Ripon, y se volvieron á renovar todas las quejas antiguas que ya estaban sepultadas. Viendo que cada dia iba cobrando mas fuerzas el partido de sus enemigos, le pareció que debia ceder á la tempestad. Salió del reino de Northumberland, y se fué á poner bajo la proteccion de Ethelredo, rey de Mercia, quien le recibió con muchas demostraciones de estimacion y de respeto. Fué de grande utilidad para la salvacion de este príncipe la mansion que hizo en su corte nuestro Santo, pues desde entonces formó el ánimo de renunciar la corona, y de volver las espaldas al mundo.

Casi doce años habia cultivado Wilfrido la viña del Señor en el país de Mercia, cuando habiéndose juntado en Eastfeld, á instancias de Alfrido, rey de Northumberland, el nuevo arzobis-

po de Conturbel Brithvaldo con otros prelados, le suplicaron que concurriese á aquel sínodo. Como el santo obispo deseaba tanto la paz, y de nadie desconfiaba, partió inmediatamente á él; pero quedó estrañamente sorprendido cuando se halló con que le querian precisar á que hiciese dimision de su obispado en virtud de unos delitos á cual mas supuestos y mas imaginarios. Erale muy fácil justificarse; pero ni lo quiso hacer, ni consintió en la renuncia que le proponian: por lo que fué desterrado á su monasterio de Ripon, que se le dió por cárcel, mientras el sínodo le sustanciaba la causa para degradarle. No tuvo otro arbitrio para suspender el curso de un juicio tan estraño como precipitado que apelar al papa, y á pesar de su avanzada edad emprendió el viaje á Roma. Examinóse su causa á presencia del pontífice Juan VI en un sínodo que se convocó á este efecto el año de 704, y habiéndole declarado inocente en todos los capítulos que le hacian, fué enviado absuelto á su iglesia. Al llegar á Meaux cayó en una peligrosa enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; pero se recobró milagrosamente de ella por un insigne favor de la santísima Virgen, en quien despues de Jesucristo tenia colocada toda su confianza. Cuando llegó á Inglaterra, encontró ya á todos los obispos muy desimpresionados de las especies que tenian contra él: solo el rey persistia tercamente en las suyas; pero sobreviniéndole la enfermedad de que murió, se arrepintió de haber perseguido al santo obispo. No fué de esta opinion Edaulfo, usurpador de la corona; y le envió á decir, que si dentro de seis dias no salia de Inglaterra, le haria quitar la vida; pero arrojado del trono el usurpador, y subiendo á él Ofredo, hijo de Alfrido, le volvió á llamar al reino, donde se convocó un sínodo, en que salió plenamente justificado, sujetándose todos á la sentencia del papa, que le declaraba inocente, y mandaba fuese restituido á su silla.

Luego que se vió en ella, se aplicó con su acostumbrado infatigable zelo á la reformation de las costumbres; y á la restauracion de la disciplina. Ni sus tribulaciones ni sus viajes fueron bastantes para que alojase jamás en sus escesivas penitencias: ni consideró pretesto suficiente para moderarlas el de su ancianidad y sus enfermedades. Toda la vida continuó con el mayor teson sus ayunos, sus abstinencias y los rigores con que mortificaba su cuerpo; tanto, que en los dos últimos años que vivió, fué menester que el papa metiese la mano para temprarlos; pero los suplió ventajosamente una dolorosa enfermedad. En fin, el año de 709, á los setenta y seis de su edad y cuarenta y seis de su obispado, murió con la muerte de los santos en el monasterio de

Undadl, manifestando Dios desde luego la santidad de su siervo con multitud de milagros.

SAN SERAFIN DE MONTE GRANARO, LLAMADO DE ASCOLI, CAPUCHINO.

EL glorioso S. Serafin, llamado vulgarmente de Ascoli, ciudad de la marca de Ancona, por haber vivido, siendo religioso, muchos años en esta ciudad, y por haberla ilustrado con su santa vida y con sus milagros; mientras vivió en el siglo se llamó Felix, y nació en el año 1540 en una aldea del obispado de Fermo, nombrada Monte Granaro. Sus padres fueron pobres y de humilde condicion; mas tenian un rico fondo de virtudes; por lo que á semejanza del santo Tobías criaron á este hijo en el santo temor de Dios, y desde niño le enseñaron á aborrecer el pecado, á amar y servir á Dios, y á vivir segun las máximas de la religion. Luego que tuvo edad para servir, su padre lo puso en casa de un labrador, que le destinó á guardar el ganado. Serafin conservó en la casa de su amo la misma inocencia de costumbres y la misma devocion que habia tenido en la casa de sus padres: cuando se hallaba en el campo guardando el ganado, acostumbraba hacer alguna cruz en algun árbol y delante de ella se postraba y rezaba sus oraciones, y recomendaba con mucho fervor los intereses de su alma á Jesucristo su Salvador, y á la santísima Virgen María, de la cual era devotísimo.

Habiendo muerto su padre, fué Serafin llamado por su hermano mayor, su nombre Silencio, para que le ayudase y sirviese de peon en el oficio de albañil, que ejercitaba á imitacion de su padre. En este oficio tuvo que sufrir estraordinariamente; porque siendo poco apto, su hermano, que era colérico y hasta furioso, no solo le decia mil injurias á cada paso, sino que le apaleaba frecuentemente; y aun en algunas ocasiones trasportado de ira le daba crueles golpes con el martillo: Serafin sufría con admirable paciencia todos estos malos tratos; y aunque su fatigosa ocupacion le dispensaba de la ley del ayuno, ayunaba no obstante tres dias en la semana; y cuando los demás oficiales descansaban de su trabajo, tomando su ordinaria refeccion, Serafin empleaba aquel tiempo en rezar sus devociones. Manifestó Dios con un milagro asombroso cuan grata le era la piedad de Serafin; porque yendo á visitar á la Virgen Santísima en su santa casa de Loreto, llegando al rio Potenza, halló que iba tan crecido, que no podia vadearse; y en efecto, sus compañeros permanecieron en la orilla sin atreverse á entrar en él; pero Se-